

# CÓMO COMPORTARSE EN LA MULTITUD

CAMILLE BORDAS

CÓMO COMPORTARSE  
EN LA MULTITUD

UNA NOVELA

TRADUCCIÓN DE CARLOS JIMÉNEZ ARRIBAS

**MALPASO**

BARCELONA MÉXICO BUENOS AIRES NUEVA YORK

*Para Marie Cordoba*

Si hablar por otro parece una operación misteriosa, ¿no será porque hablar con alguien no parece suficientemente misterioso?

STANLEY CAVELL

## LA MANCHA

En el sofá de ante marrón había una oscura mancha marrón que casi se desvanecía si pasaba la palma de la mano por encima. Entonces podía entornar los ojos y olvidar que estaba allí, pero luego pasaba la mano hacia el otro lado y volvía a salir, más oscura de lo que recordaba, como si yo la hubiese alimentado.

Todo el mundo tenía una explicación para aquella mancha. Simone decía que me había meado en el sofá cuando era pequeño después de zafarme de la toalla en la que me envolvía mi madre y echar a correr recién salido del baño. «Fuiste derecho al sofá, te subiste a uno de los brazos y, allí plantado, te agarraste la minúscula pilila y apuntaste —decía Simone—. Yo lo vi y Aurore y Jeremie también, pero nunca supimos por qué lo hiciste, Dory. Era como si tuvieras una misión.»

La verdad era que no me cuadraba aquello. Primero por el número de decisiones que entrañaba, todas ellas incumplimientos de las leyes maternas (correr desnudo y descalzo por las frías baldosas de la sala, agarrarme el pene en público, mear en el sofá). Y a eso hay que añadir las palabras que utilizaba Simone: *fuiste derecho, apuntaste, una misión*. Su historia era la menos creíble. Aurore y Jeremie ni siquiera la corroboraban.

Las otras historias sobre el origen de la mancha incriminaban a mis hermanos por este orden: mancha de café (Berenice), esmalte de uñas (Aurore), lefa (Jeremie), tomate frito (Leonard) y pintura (Simone). En todas las versiones, mi madre había empeorado la mancha inicial limpiándola con un detergente inadecuado. Pero de acuerdo con otra explicación, nunca hubo que limpiar mancha alguna: nuestra hacendosa madre se había empeñado en sacarle más brillo al sofá y se lo había cargado con una rociada del producto erróneo.

La mancha del sofá me daba mucho apuro, me llevaba a pensar que solo yo me percataba de las cosas, que solo yo me preocupa-

ba. «¿Por qué te preocupa tanto esa mancha?», me preguntó una vez mi madre, y lo cierto es que no entendía por qué no les preocupaba a ellos.

Supongo que quería a mi familia. No había conocido a otras y no tenía elementos de juicio, pero pensaba que estaban bien, que eran tipos decentes. Eso sí, un poco ensimismados: cada uno estaba sumido en sus propios pensamientos y no prestaba mucha atención a los demás, a nadie ajeno a la familia, en ocasiones ni siquiera a mí.

Hay un punto en el que todas las historias sobre la mancha coincidían: llevaba allí por lo menos nueve años. Y nueve años eran muchos para conservar un sofá manchado, pensaba yo. No éramos pobres.

Sabía que no éramos pobres porque todos los veranos íbamos a la playa y en el colegio me habían enseñado (cuarto de primaria) que la playa era un privilegio al alcance de pocos. Hubo una campaña nacional para concienciarnos de que había niños que no podían ir a ningún sitio en verano. La maestra, la señorita Faux, puso en clase trozos de un vídeo donde salían unos niños que veían el mar por primera vez gracias al dinero recolectado el año anterior por una organización benéfica llamada La Mar de Bien. Varios de esos niños no creían en la existencia del mar antes de ir. Pensaban que el mar era una palabra que salía en los cuentos de hadas, «como *varita mágica o castillo*», dijo uno delante de la cámara. Algunos eran mayores que yo. Recuerdo que había una niña (se llamaba Juliette, eso ponía en el rótulo) que parecía más feliz al ver a su hermanito pisando la playa por primera vez que al descubrir el mar ella misma. No apartaba los ojos de él, de sus reacciones, y casi ni miraba el agua la niña. Me asomaron lágrimas a los ojos. Después del vídeo, la señorita Faux puso encima de su escritorio una hucha con el logotipo de La Mar de Bien y nos animó a que echáramos cada uno lo que pudiéramos, aunque solo fuera unos céntimos. Lo importante era darse cuenta, según dijo, de que, por pequeño que fuera, el sacrificio que hacíamos

podía cambiar la vida de otro niño. Dos chicos de clase mintieron y dijeron que no les daban nada de paga y que por desgracia no podían contribuir a la causa, pero en el recreo los oí hablar de todas las chuches que se iban a comprar a la salida y también decir que por qué tenían ellos que pagar las vacaciones de los pobres y que los que habíamos echado dinero a la hucha éramos unos pringaos y habíamos caído en la trampa de la culpa igual que cae la mierda en la taza del váter. Yo eché la paga entera de un mes: esperé el momento propicio para que la señorita Faux viera todo lo que echaba, pero no prestó atención o mi generosidad no le mereció comentario alguno.

En casa, a la hora de la cena, yo era siempre el primero a la mesa. Mis hermanos bajaban solo porque mi madre insistía y lo hacían de uno en uno, como cuando gotea un grifo y pasa mucho tiempo entre una gota y la siguiente. Hasta que no estaban todos allí no podía empezar a comer.

—No vendrá el padre esta noche —me dijo mi madre una vez mientras esperábamos a los demás.

Pensé que se refería a que estaba muerto, pero lo que pasaba era que se había ido al extranjero a participar en un congreso y había perdido el vuelo de vuelta. Pensé que lo llamaba «el padre» para darle algo más de presencia en el hogar, porque lo veíamos muy poco.

Mamá comía en platos azules porque había leído que la porcelana azul te quitaba el apetito y ella siempre estaba intentando perder un par de kilos. Había hecho pescado blanco esa noche y de pescado blanco podías comer lo que te diera la gana y no ganabas nada de peso, dijo, pero allí estaba el plato azul delante de sus narices.

—No vendrá el padre esta noche —repetió delante de Simone, luego de Jeremie, luego de Leonard, según iban bajando.

Ninguno quiso saber más detalles.

Por aquella época, la que más se hacía la remolona para bajar a cenar era Aurore, costaba mucho sacarla de su cuarto. Estudiaba

a todas horas. Berenice y ella estaban haciendo la tesis, cada una en un tema distinto y en ciudades diferentes. Berenice vivía en París y no venía mucho por casa.

—¿Puede subir alguien a ver si Aurore tiene pensado cenar hoy con nosotros? —preguntó mi madre y me miró a mí.

—Aurore —dije en la puerta de su cuarto.

—¿Es cuestión de vida o muerte? —preguntó Aurore.

—Es hora de cenar —dije—. Te estamos esperando.

—Pues no me esperéis —dijo—. Ahora mismo no se me puede interrumpir.

—¿No quieres que te suba un plato?

—¡Eres un amor, Dory!

Cuando me fui a la cama esa noche, Aurore no había tocado ni el pescado ni las patatas que le dejé en una bandeja a la puerta. Las patatas tenían ya un color ceniciento. Me comí dos aunque no tenía hambre.

A veces mamá también me ponía un plato azul delante de las narices.

En agosto Berenice volvía de París y nuestros padres nos metían a los seis en una furgoneta y la llenaban hasta los topes de maletas: había maletas entre un asiento y otro, también debajo de los pies. La furgoneta no tenía maletero y usábamos las maletas para reclinarnos y apoyar los brazos. Tardábamos unas tres horas en llegar a la playa y por el camino solo escuchábamos la emisora que daba el tráfico. Era muy repetitivo, pero, por lo menos, cuando ponían música entre los boletines, eran canciones que todos nos sabíamos y eso le gustaba a mi madre, no porque cantáramos a coro, qué va. Aquello nos unía con la generación de nuestros padres.

No sé por qué siempre íbamos a esa playa. No creo que a nadie de la familia le gustara especialmente. Ninguna de mis tres hermanas salía del bungalow (que era el mismo año tras año) antes de las cinco de la tarde porque eran muy blancas de piel y les daba miedo quemarse y, cuando por fin salían, continuaban haciendo lo que habían estado haciendo dentro, que no era otra cosa que

leer o, si ya les escocían los ojos, hablar de lo que habían leído. Leonard se pasaba el día mirando a la gente y tomando notas. A Jeremy le gustaba cavar hoyos en la arena y tumbarse dentro. Cada verano eran más hondos, hasta que hubo un punto en el que ya no podía salir de los hoyos él solo, pero le daba igual. Sabía que al final alguien iría a ver qué estaba haciendo. Es que le gustaba tumbarse allí de espaldas y mirar el rectángulo de cielo que se había enmarcado él solo en exclusiva y, una vez, cuando nuestra madre le hizo saber que si se tumbaba en la playa con ella y conmigo, a nivel del mar, vería exactamente la misma cantidad de cielo, o incluso más cielo, según ella, Jeremie le dijo que seguro, pero que tendría que ver además a un montón de desconocidos en traje de baño.

El padre y yo éramos los únicos que nos metíamos en el mar. Él se ponía a nadar mientras yo me tiraba contra las olas que rompían, sin alejarme mucho de la playa, a la espera de que volviera nadando adonde yo estaba. Era lo más parecido a compartir algo con él, aunque me daba miedo meterme en el agua hasta donde él se metía. No sabía muy bien qué hacía el padre para ganarse la vida, pero, fuera lo que fuese, lo hacía lejos de casa: Alemania, China, España. Algo de ingeniería. Cuando los profesores nos preguntaban en clase que a qué se dedicaban nuestros padres, yo decía que el mío viajaba y parece que lo tomaban por una ocupación válida. Imagino que como todos los niños cuyos padres tenían un trabajo que no molaba, a mí lo que me hubiera gustado era que el mío fuera espía. Alguna vez tenían que hacerse realidad esas fantasías y yo creía que tenía más posibilidades que los otros niños porque mi padre viajaba mucho al extranjero y había ahí al menos potencial para misiones encubiertas y secretas, mientras que el espionaje en los otros padres era poco probable, dado que trabajaban en la misma ciudad en la que vivíamos y allí no pasaba nunca nada.

No veíamos mucho al padre, pero cuando lo veíamos, el fin de semana o en verano, parecía que no tuviera muchas ganas de vernos a nosotros. Nadaba cada día un poco más lejos. No me lo invento para darle dramatismo ni mucho menos. Tenía un aparato ata-

do a la muñeca que medía sus progresos y todas las mañanas nos anunciaba que había batido un nuevo récord.

En casa, a mis hermanas les gustaba mucho ir a la piscina. Todas eran grandes nadadoras y solo había que verles el cuerpo: atlético, sin nada de grasa, pero les daba cosa nadar en el mar. Mi madre decía que no sabía nadar y a mí eso me tenía preocupado. Yo quería que aprendiera. «¿Qué pasaría si me estuviera ahogando? —le preguntaba—. ¿Me dejarías morir así sin más?» Ella decía que, si me estuviera ahogando, lo más seguro es que uno de mis hermanos se tirase al mar para sacarme. A veces pronunciaba muy deprisa lo de «lo más seguro», pero ni una vez se le olvidó decirlo.

A la que menos le gustaban las vacaciones de verano era a Simone. Mis otros hermanos ya estaban en la universidad o haciendo el doctorado, así que les daba igual el lugar donde estuviéramos, pues siempre tenían que hacer algún trabajo de «investigación», pero a Simone todavía le ponían deberes y pensaba que las vacaciones del colegio eran una pérdida de tiempo. Había adelantado varios cursos en los últimos años (tenía solo trece, uno y medio más que yo, y ya iba al instituto), pero de haber podido habría acabado todo lo que le quedaba de currículo en un año. Era raro porque siempre se ponía nostálgica cuando había que meter las maletas en el coche y volver a casa. En cualquier otro momento, no le importaba sentarse en el medio, pero cuando volvíamos a casa, ella tenía que ir siempre al lado de la ventana. Decía que mirar el mar a medida que iba desapareciendo por la ventanilla era bueno para hacerse una idea de la melancolía que la embargaba y que los grandes artistas necesitaban hacer acopio de melancolía para ser grandes. «¿Viajando en coche se hace uno un gran artista?», preguntaba yo para saber si había entendido lo que mi hermana acababa de decir. «Viajando en coche, pero de vuelta a casa», especificó Simone.

El verano que vino justo después de que me enterara de que había niños que no podían ver nunca el mar intenté aburrirme menos, mirarlo todo a través de los ojos de esos niños y sorprenderme como hacían ellos. Eso sí, me costó que me causara asombro la presencia del agua y de las olas, así en frío. Me preguntaba

si te tienen que estar mirando mientras disfrutas de algo para disfrutarlo de verdad y si esa era la razón por la que aquella niña, Juliette, no hacía más que mirar a su hermano mientras él miraba el mar el día en que lo vieron los dos por primera vez: para que él entendiera que debía disfrutarlo. Durante el viaje de vuelta estuve todo el camino observando a Simone en su estado melancólico, pero creo que no le hacía falta público.

Mis padres no parecían muy enamorados y pensé que era por mi culpa. Imagino que eso pasa cuando eres el único que se da cuenta de algo, que te sientes responsable de ello. No se daban besos de verdad, solo uno seco en los labios por la mañana cuando el padre se iba adonde fuera. Lo único que hacían era intercambiarse datos prácticos sobre sus respectivas agendas, sobre los impuestos o, a veces, sobre nosotros. Creía que estaban esperando a que me hiciera mayor para cambiar de vida y pedir el divorcio.

Una vez me pasé una semana entera sin ver a Aurore. Mi cuarto estaba enfrente del suyo, pero ella casi nunca salía. Y cuando salía porque no tenía más remedio, porque había una comida familiar de obligada asistencia (los cumpleaños de unos y otros), la pobre estaba fuera de lugar. No contaré gran cosa de la casa porque se me da muy mal la representación de los espacios tridimensionales, sobre todo si tengo que describirlos. No sabía distinguir, por ejemplo, el cuarto que quedaba justo encima de la cocina del resto. Dibujar tampoco es lo mío. Pero así, a grandes rasgos, en la planta baja estaban la sala de estar, la cocina y un comedor que no se usaba nunca y, en el piso de arriba, había cuatro habitaciones y un cuarto de baño. Simone y yo compartíamos la habitación que había al lado de la de nuestros padres. La de Aurore y la de mis dos hermanos estaban enfrente.

Añoraba la habitación de Aurore. Cuando era más pequeño y ella hacía deberes no demasiado importantes, mi hermana me dejaba meterme debajo de la mesa y quedarme allí sentado horas y horas. Era un escritorio con paneles entre las patas, o sea que me

quedaba encerrado por tres lados. El cuarto lado se abría a la propia Aurore, que se sentaba con las piernas dobladas en la silla en la posición de loto. Solo le veía las rodillas y los pies descalzos y a mí me quedaba todo el espacio que había debajo de la mesa. Nunca me preguntaba qué hacía allí, respetaba al máximo mi intimidad. Aunque yo hacía tan poco ruido que a veces se olvidaba de mí. Iba a estirar las piernas para activar la circulación de la sangre y yo le decía «¡Oye!» y me pedía perdón y volvía a doblarlas.

La mayor parte del tiempo no hacía nada ahí debajo. Había empezado un dibujo con ceras de colores en la parte de abajo del table-ro, pero le dedicaba muy poco tiempo. Además, no veía lo que dibujaba porque estaba muy oscuro. Un día empecé a pegar mocos en el dibujo, para darle textura y, aunque me sentía culpable, no podía parar de hacerlo.

Cuando a Aurore le pareció que ya era muy mayor para meterme debajo de su mesa, me dolió. Le pedí por favor que me dejara una última vez, aunque solo fuera para quitar los mocos secos del dibujo. Esa noche, Aurore vio que yo estaba triste y dijo: «Me haré con una mesa más grande para los dos cualquier día de estos», pero siguió con la misma mesa de siempre.

Yo creía que si me escapaba de casa mi madre se alegraría mucho. Siempre estaba diciendo que nos faltaba espíritu de aventura y, aunque mis hermanos solían hacer caso omiso, pues les importaban bien poco las opiniones personales, yo, que era el más pequeño de los seis, me lo tomé al pie de la letra. A mí que no me echaran la culpa por las manías de los otros, yo quería demostrar que me las apañaba solito. Que era diferente. Bueno, es que tenía que ser diferente, no me quedaba otra (no era tan listo ni tan guapo como mis hermanos y hermanas), pero tampoco tenía ni idea de qué tipo de persona podía ser. Pensé que al menos debía poner en práctica las ideas de mi madre y ser más aventurero.

Lo que no estaba claro, sin embargo, era qué se entendía por aventura. A Jeremie, el más joven de mis hermanos varones, le habían ofrecido ir de gira por Europa con dos orquestas. Y, según

mi madre, eso sí que habría sido una aventura. Eso, y no dejar pasar ambas oportunidades, que fue lo que hizo Jeremie, diciendo que prefería que el chelo siguiera siendo un *hobby*. Pero cuando mi otro hermano, Leonard, suplicó que lo dejaran hacer décimo y todos los siguientes cursos en un internado, mi madre dijo que eso no contaba como aventura, aunque Leonard hizo todo lo que pudo para presentárselo como tal: dijo que un internado era la verdadera aventura y que Flaubert dejó escrito que quienquiera que hubiera pasado la infancia en un internado sabía todo lo que había que saber sobre la sociedad y que Bourdieu estaba completamente de acuerdo con él y que Flaubert y Bourdieu eran los hombres más inteligentes de la historia. Yo tenía cuatro años cuando Leonard pronunció ese discurso y lo recuerdo porque hasta ese momento no había sido consciente de la existencia de más personas fuera de mi familia y, al oír no solo que existían otros apellidos aparte del nuestro (Flaubert, Bourdieu), sino que esos nombres pertenecían a personas más inteligentes que mis padres, y al ver que nadie en aquella mesa, ni siquiera ellos, decía lo contrario, entonces me entró tanto miedo que empecé a llorar. Mi madre aprovechó mi llanto para poner el broche final a su negativa.

—¿No ves? —le dijo a Leonard—. Has asustado a tu hermano pequeño. Dory no quiere que te vayas, así que no se hable más de esa bobada del internado.

Habían pasado ocho años desde entonces y yo seguía sin saber lo que implicaba una aventura, tampoco sabía si Leonard me había cogido manía por haber llorado aquel día. Acababa de terminar el máster con las mejores notas posibles, pero se la tenía guardada a mi madre y no dejaba de decir que habría sido un sociólogo mejor preparado si no le hubieran prohibido la experiencia del internado.

A juzgar por las películas que había visto, las aventuras eran lo que te pasaba fuera de casa o del colegio y conocías gente solo cuando ibas de aventura en solitario, mientras que, si la aventura era en grupo, entonces tenía que morir por lo menos un miembro de la tripulación. Así que decidí ir solo (de todas formas, no tenía ami-

gos) y una noche me escapé de casa en la bici de mi hermana Simone. El plan era ir a Italia, porque me sonaba que allí se vivía muy bien. No se me había pasado por la cabeza que cruzar los Alpes en bicicleta podría ser duro. No llevaba ni dos kilómetros pedaleando y ya estaba cansado, así que decidí que era mejor ir a una ciudad más grande que quedaba a unos cinco kilómetros hacia el oeste y allí subirme a un tren.

Cuando por fin llegué a la estación, sobre las dos de la madrugada, estaba desierta. Solo había unos cuantos vagabundos durmiendo en los rincones y dos viajeros que llevaban pantalones cortos y botas de montaña y que se decían el uno al otro frases en francés que leían en sendas guías de conversación, cada una en un idioma distinto y a cada cual más altisonante. No había ningún tren hasta las 4:55, así que me quedé sentado en un banco al lado del mostrador de «salidas», donde acababan todos los andenes o donde empezaban, dependiendo de cómo se mirase, y allí esperé. Veía hilera tras hilera de vías negras y brillantes que se perdían en la distancia, pero ningún tren. Me pregunté dónde los guardarían por la noche.

—¿Qué es eso que tienes ahí? —gritó uno de los vagabundos desde el rincón que ocupaba.

Se refería a la mochila.

—Garbanzos —grité yo—. Tarros de miel con forma de oso. Una lata de atún. Una muda limpia. —Intentaba recordar todo lo que había metido en la mochila para darle una lista exhaustiva al vagabundo. Me parece que le interesaba la lata de atún porque nada más oír la palabra *lata* echó a andar hacia donde yo estaba—. Jabón —dije mientras él venía hacia mí y bajé la voz porque ya se iba acercando—. Una linterna. Orangina.

—¿Orangina? —preguntó el vagabundo con cara de pena.

—No hay nada más —dije yo disculpándome.

—La próxima vez que te quieras escapar, chaval, espera a que tu madre tenga llena la despensa —dijo el vagabundo, y se sentó a mi lado.

No olía tan mal como otra gente que había visto dormir en la calle, solo olía a cartón mojado.

— ¿Y no tienes ningún arma ahí dentro? —preguntó cuando acabé de contarle lo que tenía—. Si vas a ir tú solo por el mundo, te hace falta un arma —dijo—. No puedes salir así de casa, con lo pequeño que eres. Hay gente muy hija de puta y muy loca por ahí. Les pasan cosas chungas que te cagas a los nenes monos como tú.

—No soy mono —dije, y no para que me regalara el oído, sino por si así le hacía ver que estaba un poco rellenito y eso me podía proteger de potenciales asesinos.

El hombre sin techo me miró mejor.

—Mono de sobra para un psicópata —dijo.

—¿Pero no les gustan más las niñas? —dije con cierta esperanza.

—Se tiran a todo lo que se menea, chaval. Todo lo que sangre, niños de todo tipo, a ellos les da igual, animales, mujeres... lo que sea.

Se rascó una verruga que tenía en el dorso de la mano.

—Debería ponerse un poco de cinta americana ahí y no tocarse —dije—. Tápela con cinta americana, cambie el trozo todos los días, hasta que desaparezca.

El sintecho me miró y repitió:

—¡Cinta americana! —exclamó y luego se echó a reír.

No sé si se reía de mí o de algún chiste viejo que alguien le contó sobre la cinta americana.

—Funciona, de verdad —dije—. Todos mis hermanos son grandes nadadores. A todos les salieron verrugas de pequeños cuando iban a la piscina y mi madre probó con todo y no hay nada mejor que la cinta americana.

—¡Qué asco! —dijo el sintecho—. Las piscinas públicas me dan asco.

—Ahora nos ponemos chanclas cada vez que vamos —dije, no fuera a darle asco yo también.

—Las chanclas no hacen nada contra los hongos... ¿y esa pileta llena de agua por la que te obligan a pasar antes de entrar en la piscina? ¡Qué asco! No creo que las chanclas te protejan contra los hongos de la pileta esa.

— Dicen que sí.

— Y también dicen que el helado de fresa es el mejor — dijo él.

Pensé que era una respuesta inteligente y que quizá supiera de dónde salían los trenes cada mañana.

— Hay una cochera por ahí, cerca del campo de fútbol — me contó—. He estado varias veces, durmiendo en los vagones vacíos cuando no me veía nadie.

— ¡Cómo mola! — exclamé.

— Pero yo prefiero dormir a la intemperie porque amanecer en la cochera del tren no mola nada. Eso lo dejo para cuando al raso hace un frío que pela.

Pensé que había sido un imbécil por decir que molaba pasar la noche en la cochera del tren, pero el sintecho lo dejó estar. Supongo que sabía lo mucho que me quedaba por aprender.

— ¿Te despediste de alguien antes de escaparte? — me preguntó, y le dije que no, que eso lo habría estropeado todo.

— ¿Y por qué lo iba a estropear?

— Pues porque imagínate que me voy a despedir de mi hermana Simone. Se lo habría dicho a mi madre inmediatamente y no me habrían dejado salir — dije a modo de explicación.

— Ya — dijo el vagabundo—. A la familia no le vas a decir que te vas, pero te tienes que despedir siempre de alguien, alguien que le explique a la policía que te fuiste porque tú quisiste, ¿comprendes? Es que si no tu madre, pobrecilla, pondrá el grito en el cielo o hará algo todavía peor, cuando vea que no estás y piense que a lo mejor te han raptado y te han matado. ¿No tienes una novieta o algo que se le parezca?

Me paré a pensarlo. Me gustaba aquella niña, Juliette, que salía en el vídeo de La Mar de Bien, pero no la conocía. Sara Catalano me parecía mona y pensaba en ella muchas noches antes de quedarme dormido. A lo mejor estaba enamorado de ella, pero tenía mucho éxito en el colegio y quedaba fuera de mi alcance. Aunque sabía dónde vivía y quizá pudiera despedirme de ella. Pensando en eso, en que se lo diría a Sara, vi que como se me había olvidado hacer algo importante antes de escaparme tenía que volver a casa

para dejarlo todo atado y bien atado y, antes de eso, podría dormir en mi cama toda la noche a pierna suelta. El sintecho me daba buenos consejos. Aunque puede que su razonamiento hiciera agua por alguna parte.

—Pero si me despido de alguien —dije— y la gente ya no se preocupa por mí, ¿entonces qué pasa si después de todo me raptan de verdad? ¿Si me secuestran? No saldrá nadie a buscarme si creen que estoy por ahí, viviendo mis aventuras tan ricamente.

—No se puede estar al plato y a las tajadas, colega —dijo el sintecho.

—No veo dónde están las tajadas en todo esto —dije.

—Las tajadas son la libertad —dijo el sintecho—. Y el plato, pues que la gente se preocupe por ti. Las dos cosas no las puedes tener.

Levantó el brazo con gesto de tristeza y pensé que me iba a indicar algo, pero lo dejó caer sin más sobre el muslo derecho.

—Lo otro —dijo—, no saber lo que te va a pasar, si te raptarán o te violarán o te matarán o lo que sea o si te dejarán en paz y llegarás a ser feliz, pues eso es como no saber si las tajadas van a estar buenas o no.

Hablaba como el que sabe mucho de todo. Yo hice memoria para ver si me había comido alguna vez una tajada que no me gustara, aunque sabía que hablaba de las tajadas de forma figurativa, pero supongo que ya me había entrado hambre y nada de lo que había echado en la mochila me parecía muy apetitoso.

—¿Entonces te vas a casa? —preguntó al rato el vagabundo.

Me había quedado con la mirada perdida, pensando en platos y en tajadas, pero al oír la voz del sintecho, fijé la vista en lo primero que vi ante mí. Era un anuncio de una marca de helados, Carte D'Or concretamente, de sabor a fresa. «¡Votado mejor sabor por todos vosotros!», ponía.

—Pues, sí —dije—. Porque gracias a ti me he dado cuenta de que no estoy preparado.

—Eso está bien —dijo el vagabundo—. Ahora te vas a casa, coges un arma y te despides de alguien.

—Eso haré —dije, y me levanté y le di la mano al vagabundo.

—En casa no te harán falta las latas de comida —dijo. Le di todo lo que tenía.

Daphné Marlotte siempre fue la persona más vieja de la ciudad, pero aquella primavera se convirtió además en la persona más vieja del país. Mi madre la felicitó por aquel logro cuando nos la encontramos de camino a la compra. No era nada raro encontrarse con Daphné. Vivía dos calles más abajo y tardaba tanto en ir a los sitios que la veías al ir a la compra y luego a la vuelta, porque solo había avanzado una o dos manzanas en aquel rato.

Daphné no me daba miedo, pero otros niños la temían. Decían que era fea y que era una bruja, pero yo sabía que no tenía poderes ni nada de eso. Lo que pasaba era que se estaba tomando su tiempo, nada más.

—Leí ese artículo que han publicado sobre usted —le dijo mi madre a Daphné aquel día—. No sabía que se había casado nada menos que cinco veces, ¡Dios mío! Como dice el dicho, ¡vivir para ver!

Daphné se rio al oír aquello, pero quizá eso le causara molestias en la boca, porque enseguida mudó la risa por una media sonrisa.

—A mí siempre me ha costado mucho darme cuenta de las cosas —dijo—. Cuando se me murió el quinto, me dije: «¿Sabes qué, Daphné? Que yo creo que ese no era para ti». —Hizo una pausa para salivar—. Más que nada, lo que pasa es que quedan pocos solteros disponibles que pasen de los cien —dijo—. Y más jóvenes no me valen. Yo necesito a alguien con experiencia.

—En el artículo salían hombres muy viejos —dijo mi madre—. Parece que hay bastantes en Brasil, fíjese.

—Eso está muy bien —dijo Daphné; pero sabíamos de sobra que ella nunca se iría de Francia.

Se quedó pensativa un instante y, entonces, repasé mentalmente de qué habíamos hablado (de tipos centenarios en Brasil), algo que me costaba hacer, a no ser que hubiera una pausa en la conversación.

—¡Espere, que le voy a enseñar una cosita! —exclamó Daphné dando por concluido aquel breve ensimismamiento.

Cuando nos encontrábamos con ella, Daphné nos enseñaba lo que había comprado en el mercado. «Espere, que le voy a enseñar una cosita», decía siempre, como si hubiera dado con algo extraordinario. Abría el carrito de la compra para que nos asomáramos. «Zanahorias —decía—, patatas, nabos.» Tenía los dedos torcidos en ángulos inverosímiles y por eso la gente creía que era bruja, pero lo que pasaba era que tenía artritis. A veces me entraban ganas de ponerle anillos en los dedos, solo por hacer la gracia, porque los anillos tendrían que recorrer aquellos ángulos tan pronunciados que tendrían que atravesar un laberinto, pero luego me daba cuenta de que quedaría raro. Daphné rebuscaba entre los paquetes y sacaba un pedazo de aguja de ternera que había comprado para hacer el estofado.

—Lo dejo tanto tiempo al fuego que se te deshace en la boca —dijo—. Me cuesta mucho masticar, ya no me puedo comer la carne de otra forma.

—Eso está muy bien —dijo mi madre.

—Hasta el estofado me cuesta, si le digo la verdad. Lo tengo un rato en la boca y aprieto para sacarle el jugo y luego lo escupo.

—Está pero que muy bien. A lo mejor pongo yo estofado también hoy.

Mi madre hacía como que tomaba ideas del carrito de la compra de Daphné, pero nunca compraba lo mismo que ella. Tenía el menú para cada día en la cabeza desde la semana anterior.

—Y fíjese —dijo Daphné todo emocionada (siempre dejaba lo mejor para el final)—. Estas naranjas tan hermosas... ¡Me las han dado gratis hoy! ¡Por lo del artículo en el periódico!

Le hacía mucha ilusión lo de las naranjas. Yo, personalmente, no podía entender cómo a la gente le gustaban las naranjas y mucho menos que hablaran de naranjas como si fueran golosinas. Me dio una, pero no me cabía en la cabeza que nadie pudiera creer que me gustara a mí aquello.

—Muchas gracias, señora Marlotte —dije—. He oído que las naranjas tienen muchas vitaminas.

—Sí, pero sobre todo es que están buenísimas —dijo Daphné.

Iba a decir más cosas de las naranjas, pero mi madre le dio otra vez la enhorabuena por ser la persona más mayor del país («¡La tercera de Europa!», dijo Daphné) y nos fuimos. A mi madre se le pasó todo aquel entusiasmo por la edad de Daphné en cuanto dimos la vuelta a la esquina.

—Pobrecilla, la señora Daphné, tan mayor ya —decía mientras encendía un cigarrillo—. No tiene a nadie en el mundo. No me extraña que disfrute con esas naranjas. Lo único que le alegra el día es la amabilidad de un tendero. ¿Sabes que los tres hijos varones que tenía se vinieron uno después de otro a vivir con ella para cuidarla y se fueron muriendo de viejos antes que ella?

—¡Qué triste! —dije yo.

—¿Triste? Lo que es es una condena. Mira que criarlos a los tres y aun así acabar sola en el mundo.

—Bueno, tú has tenido seis —dije—. Seguro que alguno de nosotros sobrevive para cuidaros a ti y a papá.

—¿Pero qué dices? Me sobreviviréis todos a mí y al padre, y muchos años más que viviréis. Hasta el fin del mundo quizá.

A mí no me preocupaba mucho eso, pero hallé cierto consuelo en oírle decir a mi madre que a lo mejor no nos moríamos.

—Eso sí, si hay que cuidar de mí y del padre cuando seamos tan viejos como Daphné Marlotte y no podamos masticar la carne, ni siquiera seguir una película en la tele, no veo a ninguno de tus hermanos arrimando el hombro. No tengo nada contra ellos, pero... es que no valen para cuidar de nadie. Les falta sensibilidad. Todo lo contrario a ti, la verdad.

Sabía que mi madre tenía esa idea de mí. Que era bueno y sabía interpretar los sentimientos de la gente. Lo que no entendía era que le diera tanta importancia a eso. Llegó a decir que era «un don» ser así. Para mí, era solo que me acordaba de cosas que el resto de la familia ni se había parado a pensar: el nombre de la gente, el de sus hijos y nietos, con quiénes salían y de qué enfermaban. Cuando mi madre no sabía cómo seguir una conversación con alguien, porque no se acordaba ni de quién era, a mí se me daba bien hablar de cualquier cosa, tanto como tomar la iniciativa cuan-

do ella ya no sabía qué decir, pero el que me acordara de tantos detalles de su vida no significaba, o al menos no para mí, que me importase mucho esa gente. Aunque quizá sí.

Mi madre se volvió y me señaló con el cigarrillo. Supuse que lo consideraba una extensión del dedo índice.

—Y no vayas a contarles a tus hermanos lo que te acabo de decir —dijo—, eso de que no tienen sensibilidad.

—Pues claro que no —dije yo, aunque estaba convencido de que les preocupaba más bien poco lo que mi madre pensara de ellos.

Probé a escaparme una segunda vez, pero no sé si esa cuenta. Sí que es verdad que salí a una hora en la que se suponía que tenía que estar en casa, pero pasó como la primera vez, que nadie se enteró y, además, no hice ninguna nueva amistad porque enseguida me eché atrás.

Decidí seguir el consejo del vagabundo y eché mejor comida en la mochila, más un cuchillo de cocina para poder defenderme. Además, le dije adiós a alguien que no era de la familia, porque cuando iba a abandonar la ciudad para siempre, llamé a la puerta de Sara Catalano. Salió su padre.

—¿Está Sara? —pregunté.

—¿Quién narices eres tú?

—Estoy en su clase —dije—. Me llamo Isidore.

Le conté que me parecía que Sara se había llevado sin querer mi libro de matemáticas al acabar la última clase, pero era mentira. Nunca nos habíamos sentado juntos, ni siquiera sin querer.

—Podías haber llamado antes para asegurarte —dijo su padre, pero aun así fue a buscarla.

Yo partía de la base de que Sara no sabía que me gustaba, porque, como no habíamos hablado nunca, difícil era que estuviera al tanto. Lo que no se me había pasado por la cabeza era que a lo mejor ni me conocía.

Salió a la puerta y yo le solté un sentido discurso sobre mis sentimientos y mi decisión de escaparme. Había tardado tres noches en escribirlo y dos en aprendérmelo de memoria. Hacia el final,

aceleré un poco, pues me di cuenta de que ya no me prestaba atención. Cuando acabé, tuve que decirle que había acabado para que se dignara mirarme. Prefiero pensar que no le di las gracias por escucharme, pero estoy seguro de que sí se las di.

—Que te vaya bonito —dijo, luego me dedicó una sonrisa y me dio con la puerta en las narices.

Volví a casa y estuve todo el fin de semana dándole vueltas a la cabeza, martirizándome por haber quedado como un imbécil delante de ella. Y por lo que pensaría de mí el lunes cuando viera que, contrariamente a lo que le había dicho, no me había escapado de casa.

Pero la semana siguiente no pareció sorprenderse de verme otra vez en clase. Y, a decir verdad, nada cambió entre nosotros.

Yo pasaba la mano por la mancha en el sofá para que se viera menos y, con los años, acabé acariciando esa parte del ante tantas veces que la textura adquirió para mí una suavidad nunca vista. Y eso que tenía en la memoria el tacto de los brazos regordetes de algún bebé y la caricia de los peces por los pies en el Mediterráneo. Cuando Leonard pasaba la mano por encima de la mancha, el pelo del ante quedaba para el lado que no era, lo hacía solo para fastidiarme.

—¿Qué pasa, que ahora eres Dedos de Oro? —decía, y se sentaba justo encima, entre Jeremie y yo.

—Eso, deja de sobar el sofá, Dory —decía Simone—. Es obsceno.

Jeremie dijo que me dejaran en paz, que a lo mejor tenía un trastorno obsesivo-compulsivo de algún tipo.

Yo no dije nada. En apenas unos segundos, mis hermanos me habían afeado la conducta por algo que llevaba haciendo desde que tenía uso de razón. Pensaba que nadie se había dado cuenta de ello y resulta que todo el mundo aprovechaba para hacer un chiste o para soltar las ideas que se les ocurrían al respecto, hasta para emitir un diagnóstico. A lo mejor hasta hablaban de ello cuando yo no estaba. Así que me crucé de brazos en señal de protesta.

Estábamos viendo una de espías en la que la espía no le decía a su compañero que estaba por él y lo mismo hacía el chico, porque trabajaban juntos y, si pasaba algo entre los dos, eso afectaría a la calidad del espionaje, y ellos no, ellos eran muy profesionales. Pero con tanta profesionalidad, dormían solos entre una y otra misión. Yo me había dado cuenta de que en muchas de las series que veíamos en la tele le daban gran importancia al tema de la profesionalidad, porque estaría muy mal visto que pasara algo entre compañeros de trabajo (lo mismo que en las de espías sucedía en las de polis y en las de políticos, por ejemplo; sin embargo, en las de médicos, dormían unos con otros y ello no repercutía en el trabajo). Mi madre me explicó que el motivo de que se hablara tanto de la profesionalidad era porque casi todo lo que veíamos venía de Estados Unidos y que en Estados Unidos había una cultura diferente y allí el ambiente en el trabajo era lo que más importaba.

«Voy a encender una hoguera para calentarnos», le decía la espía al espía en la tele (se habían perdido en un bosque de la Europa oriental y estaba anocheciendo).

—Vale, pues yo te voy a prender una hoguera en todo el coño —dijo Leonard imitando la voz del espía cuando lo enfocaron en un primer plano y él le puso cara de cordero degollado a la espía, por lo bien que se le daba hacer fuego con solo dos troncos y un puñado de ramitas.

Todos nos reímos un poco, no mucho, pues nadie quería perderse aquel diálogo. Doblar con palabras obscenas las tomas en las que las miradas ardían o, mejor aún, en las que ardían los silencios, era uno de los pasatiempos favoritos de mis hermanos. A mí me gustaba por la diferencia que había entre la medida del personaje y las obscenidades de Leonard, de Simone o de Jeremie. Eso me hacía mucha gracia, pero es que, además, sus diálogos se incorporaban a la historia y eso hacía a los personajes más humanos. Como si el espía, por mucho que se presentara a sí mismo como un caballero educado, lo que realmente pensara fuera eso, «te voy a prender una hoguera en todo el coño», mientras la espía se esforzaba por la supervivencia de ambos, como si eso lo delatara y se